

CULPABLE

Aleris Candia

CULPABLE



CANDIA

Capítulo 1

PREFACIO

Su respiración era errática y temblorosa, sus manos parecían tener espasmos un poco violentos mientras sostenían el teléfono contra su oreja. Del otro lado de la línea solo se escuchaban las palabras de la mujer, que intentaba tranquilizar a la joven que hacía la llamada.

Itannia necesitaba calmar los latidos de su corazón, que parecía chocar con fuerza contra su pecho. Su vista bailaba por la habitación, tratando de no mirar lo que había en el suelo. Sin embargo, no podía evitar detenerse de vez en cuando en el cuerpo que yacía tumbado a unos metros de ella, cada vez que este entraba en su campo de visión. Nadie podía culparla, era casi imposible no mirar.

En el otro extremo del cuarto se encontraba el cuerpo de un hombre, que en algún momento deseó ser un exitoso biólogo. Había logrado graduarse, no obstante, jamás se le dio la oportunidad de ejercer sus conocimientos de manera profesional pues era discriminado por la mayoría de las personas, solo por poseer una piel oscura digna de alguien proveniente de Sudáfrica. Nunca pudo poner en práctica lo que había aprendido en la universidad y no lo haría, no cuando se hallaba inconsciente en esa pequeña habitación, con los ojos oscuros abiertos, viendo sin ver a la chica en el otro extremo. Ojos sin vida, que habían perdido el brillo mucho antes de que su corazón se detuviera, luego de ser apuñalado numerosas veces. La sonrisa, hecha probablemente con una navaja y sin mucho cuidado, le daba un aspecto macabro a su rostro y lo hacía aún más aterrador. Ariael Bloem estaba rodeado de su propia sangre, aunque en realidad él ya estaba muy lejos de este mundo. El mundo de los vivos.

Por la pequeña ventana solo entraban algunos halos de la luz de las lámparas que se encontraban alumbrando afuera, puesto que era de noche. Aun así el cadáver se alcanzaba a distinguir con facilidad.

Itannia no podía creer lo que sus ojos veían mientras se dedicaba a responder las preguntas que hacía la mujer en el teléfono. Ella no podía creer que Ariael, el hombre al que había dibujado horas antes, se encontrara muerto. Él probablemente no la había conocido, pero Itannia había escuchado como contaba sus problemas a una completa extraña mientras se dejaba retratar.

Cerró los ojos, apretándolos con fuerza, obligándose a no mirar. Era una imagen perturbadora, cualquiera se habría puesto a temblar de haber estado en su lugar. Y aún con los ojos cerrados, en medio de la oscuridad se abría paso el recuerdo de lo que había visto. Todo era sangre,

oscuridad y olor a muerto.

Itannia tomo un profundo respiro antes de decidirse a abrir los ojos. Quiso hacer una cuenta regresiva, no se atrevía a mirar lo que tenía frente a ella, estaba aterrada. Se preguntaba cómo era posible que su corazón latiera cada vez más rápido. Se dijo a sí misma que debía ser valiente, que todo acabaría pronto.

—Nos ponemos de pie, para recibir a su Señoría, el Juez Melek Araóz —escuchó cuando anunciaban al Juez y abrió los ojos.

Suspirando se puso de pie, al igual que todos en la sala. Trato de mantener una expresión neutra, la misma que había estado empleando desde que inició todo. Observo al abogado a su lado que le dio una mirada tranquilizadora, intentando ralentizar su respiración y los latidos en su pecho dirigió su mirada hacia el Juez que se colocaba en el puesto que le correspondía en el estrado, frente a los presentes.

— ¿El jurado tiene su veredicto? —preguntó, posando sus ojos en las personas del jurado.

Un hombre de rostro severo se acercó al juez y le entrego una hoja, luego regresó a su puesto. Melek Araóz leyó con detenimiento lo que estaba escrito en el papel, para después levantar la vista, su rostro siempre serio.

—En vista de los alegatos y después de analizar las pruebas, declaraciones y argumentos expuestos... —Araóz hizo una pausa antes de decir lo siguiente —El jurado declara a la acusada, Itannia Morgenstern, culpable de los homicidios de: Samax Abim, Kadosh Argibay, Arael Blaem, Baruch Lam, Haziél Shem, Abrid Stury y Uriel Tola.

Un jadeo se escapó de lo más profundo de su garganta mientras observaba a la nada con los ojos desorbitados.

Sí su corazón latía frenéticamente segundos antes, ahora este parecía haberse detenido. Repitió las palabras, que acababa de escuchar, en su cabeza.

Acababan de culparla de aquellas muertes.

Ella era culpable de esos homicidios.

Ahora Itannia Morgenstern era una asesina a los ojos de todos.